

Padre Nuestro

Alex Zuñiga

Orando como Jesús | August 23, 2026 | Gálatas 4:6; Mateo 6:9-10; Romanos 8:15; Lucas 11:1-2; Éxodo 20; Levítico 24

Prepared from the spoken message and lightly edited for readability. Scripture quotations and spoken phrasing are preserved as delivered.

¿Están listos para estudiar la Palabra de Dios?

Sí, Señor. Una vez más te agradecemos por este tiempo. Gracias por el tiempo que nos das de estar en tu casa, pero también, Señor, de poder escudriñar tu Palabra. Hoy te pido, Señor, que tú prepares nuestros corazones para lo que tú quieres hablarnos. Nos quieres desafiar, nos quieres llevar a un punto más íntimo de conocerte a ti.

Señor, yo te pido que sea un vaso útil en tus manos, que pongas un fuego encendido en mi boca. En el nombre de Jesús. Amén y amén.

Más que una llamada de emergencia

Una pregunta. Siempre me gusta arrancar con preguntas, ¿no? Alguien me dijo: "¡Qué pastor tan preguntón!". Pero me gusta preguntar porque soy curioso.

Si alguien se pudiera sentar contigo y escuchar tus oraciones, si es que oramos, si alguien pudiera escuchar la manera en que tú oras y buscas al Señor, ¿llegaría a pensar que ves a Dios como tu Padre?

¡Qué silencio aquí! ¡Qué silencio!

¿O solamente buscamos a Dios cuando necesitamos algo? ¿Cuándo buscamos al Señor? No los estoy regañando, por favor, no me malinterpreten. Pero quiero hacerlos pensar un poquito. Cuando buscamos al Señor, ¿por qué buscamos al Señor? Si alguien pudiera escuchar esta parte, ¿qué pensaría que representa Dios para mí? ¿Qué pensaría Dios cuando yo lo busco? ¿Qué pensaría Dios de mí? ¿De qué manera lo estoy buscando?

Alguien me decía: "Es que para mí Dios es mi bombero". Okay, sí lo puede ser, pero sería más lindo que fuera mi acompañante todo el tiempo y que, cuando hubiera incendios, me apagara el incendio. Sería más lindo poder caminar con Él todo el tiempo.

Porque muchas veces nuestra oración es: "Señor, ayúdame con esto. Señor, resuelve aquello. Señor, sana a esta persona. Señor, abre esta puerta. Señor, no permitas que suceda esto o lo otro. Señor, esto y lo otro". Y seguimos pidiéndole y pidiéndole al Señor.

Quiero aclarar algo: no está mal llevarle nuestras necesidades. De hecho, la Palabra dice que traigamos nuestras cargas y las dejemos delante del Señor:

Vengan a mí todos los que están cansados y llevan cargas pesadas, y yo les daré descanso.

— Mateo 11:28

Eso es bíblico. No está mal pedirle al Señor. El problema comienza cuando pedir es lo único que sabemos hacer.

¿No está mi hija aquí? Sí, la puedo quemar. No está mi hija, no le digan. Pero nuestros hijos van creciendo. Son "adolescentes mutantes", les dice mi suegro. Son adolescentes mutantes, están mutando.

Y yo digo: "Yo quisiera que me busquen no nada más porque necesiten que les mande dinero. 'Papá, ¿me compras esto?'. Claro. Bueno, no siempre es claro, ¿no? 'Papi, es que quiero ir a probar esto'. Okay, vamos. 'Papá, es que quiero...'. Sí, dale.

Pero qué lindo sería que viniera y dijera: "Papi, ¿cómo estás?". ¿Quién es papá aquí? ¿Quién tiene adolescentes mutantes? ¿No se sentiría muy rico que tus hijos vinieran a ti? Que, en lugar de nada más hablarte para pedirte algo, te hablan y te dijeran: "¿Cómo estás? ¿Cómo ves cómo voy caminando?".

Creo que es lindo cuando vemos al Señor como ese Padre bueno. No está mal llevarle la necesidad a nuestro Padre, pero qué lindo es poder buscar al Señor más allá de eso.

A veces nuestra vida de oración se parece a una llamada de emergencia. Sabemos qué número llamar cuando algo se salió de control, pero, mientras todo parece estar bien, rara vez pensamos en hacer esa llamada. Me identifico con eso porque a veces rara vez buscamos a Dios para hacer esa llamada.

Otras veces se parece más a una transacción: "Dios, yo voy a hacer esto si me haces esto. Te prometo que, si me resuelves esto, yo voy a hacer aquello". ¿Te ha pasado? "Voy a prometerle que voy a cambiar, pero necesito que primero me respondas esto, porque, si no, ¿cómo quieres que cambie?". Y empezamos a hacer una transacción con Dios.

Algunas veces, aunque nos cueste reconocerlo, la oración hasta puede convertirse en una actuación. Y esta es la parte preocupante, porque podemos aprender a usar las palabras correctas: "Oh, santo Dios, te adoramos". No me estoy burlando de nadie, pero muchas veces lo volvemos una actuación y queremos hablar palabras elocuentes que suenen bien bonitas, para que, si mi esposa me está escuchando, diga: "Ah, este sí es cristiano. Yo pensé que no era".

Pero ¿qué es lo que quiere el Señor? El poder de la oración te transforma cuando empiezas a conocer el verdadero poder de la oración.

A principios de año comenzamos un libro de Daniel Henderson. Como staff, lo estuvimos leyendo. Precisamente, el libro se llama *El poder de la oración transformadora*, *Transforming Prayer* en inglés. Me encanta algo que dice: "Anhelamos encuentros de adoración con su santa presencia que nos marquen y nos hagan más parecidos a Jesús".

Ese debería ser mi anhelo. Anhelar que, cuando yo añore estar en su presencia... Cuando estábamos a cargo de los jóvenes, mi oración era: "Señor, despierta un hambre".

¿Quién tiene hambre? Ahorita sí nos vamos juntos a comer, porque yo también tengo hambre.

Pero que se despierte esa hambre que te da porque necesitas comer. Que te dé un deseo profundo de buscar a Dios a solas. Es lo que está diciendo: anhelamos ese encuentro. Eso es lo que casi todos buscamos, aunque no siempre sepamos nombrarlo. No una oración más religiosa, sino un encuentro real. Yo quiero encontrarme con el Señor.

En Mateo 6 habla de quienes oraban de pie en lugares públicos para que los vieran. ¿Se acuerdan de los que estaban ahí haciendo voces grandes? "Yo te he servido, yo te hice todo". Estaban orando, pero su problema no era que oraran de pie ni que alguien pudiera escucharlos. Ese no era el problema.

Entonces, pastor, ¿quiere que ore aquí despacito? No se trata de eso. Se trata de con qué motivo lo hacemos. Su problema era que su oración tenía una audiencia equivocada. Parecía estar dirigida a Dios, pero realmente buscaba la aprobación de las personas: que el mundo escuchara lo elocuentemente que oraban. La meta no era hablar con Dios. La meta de estas personas, y por eso las menciona, era que los vieran hablando con Dios.

Después habló allí mismo, en Mateo 6, de quienes repetían palabras interminablemente porque pensaban: "Si repito muchas cosas, hablo mucho y repito, repito, repito y repito, le voy a doblar la mano a Dios y va a hacer lo que yo quiero".

Eso es exactamente lo que Dios nos quiere enseñar hoy: Él busca más que el hecho de que lo estemos buscando por necesidad.

Entonces Jesús les enseñó a orar de otra manera, y Lucas nos permite ver cómo surgió esa enseñanza. Los discípulos habían visto a Jesús hacer cosas extraordinarias. Lo habían escuchado enseñar con autoridad, lo habían visto sanar enfermos y liberar cautivos. Ellos habían visto todo esto.

Sin embargo, finalmente uno de ellos le dice: "Jesús, enséñanos a orar". Yo imagino a Jesús ahí sentado, tranquilito, y estas personas han estado caminando con Él todo el tiempo. Vienen y le dicen: "Jesús, enséñanos a orar".

Yo les hubiera dicho: "¿Todo el tiempo conmigo y no has aprendido?". Yo, en mi naturaleza humana. Pero Jesús no fue así. Ellos le dijeron: "Enséñanos a orar", y Él les enseñó.

La semana pasada vimos que, al comenzar su ministerio, en medio de la demanda y antes de tomar decisiones importantes, Jesús buscaba al Padre. Así es como comienza.

Ahora, la primera lección se encuentra en el orden, porque vamos a comenzar a descubrir cómo enseñó a sus discípulos. Normalmente comenzamos con lo que necesitamos, ¿no? Cuando uno ora, normalmente comienza con lo que necesita. Jesús comienza con quién es Dios, y lo vamos a ver a través del Padre Nuestro.

Nosotros comenzamos con nuestros problemas. Jesús comienza buscando ¿a quién? Al Padre. Nosotros queremos que Dios entre en nuestra agenda, pero Jesús nos enseña a rendirnos ante su nombre, su reino y

su voluntad. Esto lo vamos a ver a través del Padre Nuestro.

La primera mitad del Padre Nuestro contiene tres peticiones, pero ninguna está centrada todavía en las necesidades propias. Primero pedimos que su nombre sea honrado, que su reino venga y que su voluntad se cumpla. Después viene nuestro pan, nuestro perdón y nuestra protección.

El orden no es accidental. Cuando lees el Padre Nuestro, ¿quién se sabe el Padre Nuestro de memoria? Muchas veces lo puedes repetir y repetir, pero ¿alguna vez te sentaste a entender por qué se ora de esa manera?

Hoy vamos a ver la primera parte del Padre Nuestro. ¿Por qué? Porque la oración no comienza tratando de conseguir algo de Dios. La oración comienza acercándonos a Dios. Lo vimos la semana pasada: Jesús primero buscaba al Padre. Antes de hacer nada, buscaba estar a solas con Él.

Todo comienza con una palabra. ¿Sabes con qué palabra? Padre. Porque me puedo acercar a mi papá, al Padre. Así que, antes de pedirle, dirígete al Padre.

Padre: cercanía e identidad

Quiero que abran sus Biblias en Lucas 11, versículos 1 y 2:

Cierta vez, Jesús estaba orando en un lugar. Cuando terminó, uno de sus discípulos se acercó y le dijo:

- Señor, enséñanos a orar, así como Juan les enseñó a sus discípulos.

Jesús dijo:

- Deberían orar de la siguiente manera:

Padre, que siempre sea santificado tu nombre.

— Lucas 11:1-2

En la Reina-Valera dice: "Padre nuestro, santificado sea tu nombre". La Nueva Traducción Viviente simplifica la manera de decirlo: "Que siempre sea santificado tu nombre".

Llamar a Dios "Padre" no era completamente desconocido dentro de la fe judía, porque era algo muy importante. Jesús les enseña a dirigirse a Dios no con irreverencia ni solamente de una manera superficial, sino con cercanía y confianza.

Cuando he visto documentales de Israel en la televisión, puedes ver que los niños andan corriendo y, cuando le van a hablar al papá, ¿sabes cómo le gritan? "¡Abba! ¡Abba! ¡Abba!".

En la Biblia vas a escuchar que dice: "Abba, Padre". ¿Qué significa *Abba*? Si lo simplificamos, es "papito", "papi", "papá". De verdad, así es como está hablando. Es una palabra tierna, cargada de cercanía y de confianza.

Los adultos también la utilizaban, pero la imagen de ese niño corriendo hacia los brazos de su padre es lo que nos está enseñando aquí: una cercanía sin miedo.

Pero antes de seguir, tengo que detenerme aquí un poquito, porque para algunos de ustedes la palabra *padre* no trae paz. "Es que, si usted hubiera conocido a mi papá, no tiene la menor idea. Yo no quiero saber nada de los papás".

Puede traer una connotación diferente. Tal vez tu padre estuvo ausente. Tal vez estuvo presente, pero fue distante, crítico o incluso te lastimó. Si esa es tu historia, es posible que, cuando Jesús te invita a decirle "Padre", tu primer instinto sea de resistencia.

Ahora quiero que escuches esto con mucho cuidado: Dios el Padre no es la versión perfeccionada de tu padre terrenal. Escúchame bien. No es la versión perfeccionada de tu padre terrenal. No es tu padre humano mejorado. Es el Padre original.

Cuando Pablo oraba, decía:

Cuando pienso en todo esto, caigo de rodillas y elevo una oración al Padre, el Creador de todo lo que existe en el cielo y en la tierra.

— Efesios 3:14-15

Toda la paternidad humana, tanto buena como mala, es apenas un reflejo imperfecto y muchas veces distorsionado del Padre verdadero. Tu padre terrenal no define quién es Dios como tu Padre. Escúchame: tu padre terrenal no define quién es Dios como tu Padre. Dios define lo que la paternidad debió haber sido siempre.

Si tu historia con tu padre terrenal te hace difícil confiar en ese nombre, no te pido que finjas un sentimiento que no tienes. Mi deseo es que le des la oportunidad a Dios de mostrarte lo que es un verdadero Padre. ¿Sí me explico? Que tú le puedas dar esa oportunidad de demostrarte lo que es un Padre verdadero, lo que es la paternidad verdadera.

¿Por qué? Porque Él no te va a fallar. Él no te va a dejar. Él no te va a abandonar. Él va a cuidar de ti y te va a proteger, porque es lo que la Palabra de Dios nos dice.

Volvemos a la cercanía. No se quedó solamente en eso, porque quienes estamos en Cristo podemos clamar, como dice Romanos: "Abba, Padre. Papi, aquí estoy".

Mateo registra esta misma oración y dice: "Padre nuestro". Jesús no solamente nos acerca al Padre, sino que nos coloca dentro de una familia desde la primera palabra de esta oración. Ya no oras como un huérfano espiritual que está resolviendo su relación con Dios en solitario.

Cuando oras y le dices: "Padre nuestro, Abba", estás reconociendo que hay una familia entera de hijos adoptados orando la misma oración, con el mismo acceso al mismo Padre.

Trabajando con los jóvenes nos dábamos cuenta de que había muchos jóvenes que habían sido adoptados. Muchos habían atravesado situaciones muy difíciles en su vida. Pero ¿sabes qué era lo más lindo? Cuando ellos nos decían: "Fui adoptado". Eso los llenaba de gozo y de felicidad.

¿Sabes por qué? Porque sus padres terrenales los habían rechazado, y alguien que no tenía por qué gastar

su dinero, su tiempo ni invertir en ellos decidió amarlos.

Cuando puedes entender el concepto de que hemos sido adoptados como hijos, cambia tu perspectiva. Cuando oras: "Padre nuestro", estás reconociendo que hay una familia.

Ahora, todo lo demás en esta oración, cada petición que va a seguir, descansa sobre una relación ya establecida. Esta misma verdad la desarrolla Pablo en Romanos 8. Mira lo que dice:

Y ustedes no han recibido un espíritu que los esclavice al miedo. En cambio, recibieron el Espíritu de Dios cuando Él los adoptó como sus propios hijos. Ahora lo llamamos: Abba, Padre.

— Romanos 8:15

Cuando somos adoptados, entonces podemos llamarlo Padre, Abba. Otra vez, Gálatas 4:6 dice:

Y debido a que somos sus hijos, Dios envió al Espíritu de su Hijo a nuestro corazón, el cual nos impulsa a exclamar: Abba, Padre.

— Gálatas 4:6

Me impulsa a hacerlo. Ese no es un título que se gana, como un honorífico que se otorga por buen comportamiento. Es una adopción.

J. I. Packer escribió un libro que se llama *Conociendo a Dios*. Mira lo que dice: "Padre es el nombre cristiano para Dios. Nuestra comprensión del cristianismo nunca será mejor que nuestra comprensión de la adopción".

Cuando empiezas a entender que has sido adoptado, cambia todo, porque el mundo nos va a rechazar, nos va a hacer a un lado, y el Señor te dice: "Ven, yo te acepto como mi hijo. No importa lo que hayas hecho, yo te recibo. No importa que vengas cojeando, que vengas mal. No importa. Yo te recibo como mi hijo y te sello. Cuando andes caminando, traes la marca aquí: 'Soy su hijo'".

Eso es exactamente lo que Jesús está haciendo en la primera palabra de esta oración. No te está dando una fórmula, te está dando una identidad. Antes de que pidas cualquier cosa, tienes que saber delante de quién estás parado.

No te acercas como un extraño tratando de llamar la atención de Dios. Nos acercamos como hijos que hemos sido recibidos. Eso cambia la manera en que me acerco al Señor. Cambia la manera en que busco a Dios.

Piensa en cómo cambia tu oración cuando empiezas ahí, no con una lista de lo que necesitas: "Es que, Señor, yo necesito que resuelvas esto ahora". No, no, no. No comiences con esta lista, sino simplemente con el hecho de decir: "Padre", y quedarte ahí un momento.

La mayoría de nosotros saltamos directo a la petición porque tenemos prisa. Nos gusta hacer todo rápido, rápido. Todo va muy lento en esta vida. Pero antes de recordar qué necesitas, recuerda con quién estás hablando. Que no se nos olvide con quién estamos hablando.

Comienza diciendo: "Padre". Quédate un momento ahí y piensa: "Es verdaderamente mi Padre. Lo puedo ver como ese Padre".

Esto no es solamente una parte técnica o teológica. Tiene consecuencias prácticas. Si te acercas a Dios pensando que primero tienes que ganarte su atención siendo bien disciplinado, haciendo cosas buenas y pasando suficiente tiempo orando bien, la oración tendrá un tono. Pero, si te acercas sabiendo que ya eres hijo, esa misma oración cambia el tono por completo.

No estás tocando la puerta esperando que te dejen entrar. Ya estás dentro de la casa. Eso hace una gran diferencia.

Cuando yo iba y le decía a mi papá: "Papá, necesito que me ayudes con esto...". Yo le digo "papá" y, cuando estamos así bien, le digo: "Jefe", porque es el patrón.

Para nosotros, decirle "jefe" no es irrespetuoso. Es una manera en que le hablamos con mucho cariño a mi papá. Todos mis hermanos le decimos "jefe" al jefe.

Recuerdo que, cuando me acercaba a él, siempre nos daba un consejo y siempre nos daba tiempo. Pero yo no me podía acercar de esa manera con un tío mío. Por más bien que me lleve con mi tío, nunca me voy a acercar de la misma manera.

¿Sabes por qué? Porque no tengo la confianza. Porque no me va a ver con ojos de amor. Él me va a ver como el niño rebelde que era. Mi papá, aunque yo era rebelde, pues soy su hijo. ¿Qué va a hacer? Y me recibía.

Eso es de lo que está hablando aquí. Ten esa confianza para acercarte al Padre de esta manera.

Santificado sea tu nombre

Antes de pedir, dirígete al Padre. Pero, antes de pedir, también honra su nombre. La siguiente parte está en Mateo 6:9-10:

Ora de la siguiente manera:

*Padre nuestro que estás en el cielo,
que sea siempre santo tu nombre.
Que tu reino venga pronto.
Que se cumpla tu voluntad en la tierra
como se cumple en el cielo.*

— Mateo 6:9-10

Cuando dice: "Santificado sea tu nombre", está diciendo: "Padre, haz que tu nombre sea reconocido y tratado como santo. Que yo pueda reconocer tu nombre como santo".

Es una petición centrada en Dios, no en nosotros. Es un reconocimiento de lo que Dios ya es: santo, apartado, digno de todo honor.

Eso conecta directamente con los dos errores que Jesús acaba de corregir. Los hipócritas oraban de pie para que todo el mundo los viera, gritando con voz grande. Los otros repetían muchas palabras, muchas, muchas palabras, y repetían lo mismo.

Él está diciendo: "Una oración debe comenzar honrando el nombre de Dios, no el nuestro". No es ninguna fórmula que lo obligue a responder: "Señor, quiero honrarte. Sí, quiero hacer esto y quiero que hagas aquello, pero me someto a tu voluntad".

¿Ves la diferencia? Primero quiero levantar quién es Él.

Por eso el orden importa. Cuando la adoración va primero, la petición que sigue está enmarcada correctamente. Cuando la petición va primero, corremos el riesgo de tratar a Dios como un proveedor de servicios en lugar de como el Padre santo que Él es. Hay una gran diferencia: "Tú me sirves".

Piénsalo. Si lo primero que alguien te dice cada vez que habla contigo es lo que necesita de ti, imagínate que te hable para pedirte algo todo el tiempo. ¿Le contestarías? Yo lo bloquearía, la verdad. Soy humano.

Cuando alguien solamente te busca porque necesita algo... Esta semana tenía una conversación con mi esposa. No me va a dejar mentir. El sábado en la mañana, para ser exactos, íbamos a un estudio de liderazgo que estaba dando. Íbamos de camino y le dije a mi esposa: "Mira, esta persona solamente me habla cuando necesita algo. Lu, ¿sabes qué es lo que más me molesta? Que ni gracias me da. Pero cada vez que me pide, se lo doy, y me da más coraje conmigo. Me enoja más yo porque siempre que me habla es: 'Necesito esto'. Va, se lo doy y ni gracias. Me deja en leído".

Pero tenemos que mostrar gracia y misericordia, mi hermano. Sí tengo que hacerlo, mi hermano. Así me pide el Señor.

Pero el orden importa. ¿Cómo busco al Señor? ¿Lo busco solamente porque necesito que me resuelva los problemas o lo busco porque en realidad quiero buscarlo?

Para que no pensemos que esto es solo un detalle poético, la Escritura toma el nombre de Dios con una seriedad que a veces se nos olvida. Mira lo que dice Éxodo 20:

No hagas mal uso del nombre del Señor tu Dios. El Señor no te dejará sin castigo si usas mal su nombre.

— Éxodo 20:7

En Levítico 24 dice:

Dile al pueblo de Israel: los que maldigan a su Dios serán castigados por su pecado. Todo el que blasfeme el nombre del Señor morirá apedreado por toda la comunidad de Israel.

— Levítico 24:15-16

No leemos esto solamente para decir: "Uy, no, no, no, no", sino para recalibrar la manera en que tratamos el nombre del Señor.

Cuando busco al Señor, quiero honrar su nombre. Quiero ponerlo por encima de todo lo demás. Hoy ya no vivimos bajo esa pena, pero el peso del nombre de Dios no ha cambiado.

Cuando Jesús nos enseña a orar: "Santificado sea tu nombre", nos está conectando con esa misma reverencia del Antiguo Testamento. Se trata de una postura del corazón, no de una regla rígida de secuencia.

Si revisas honestamente tu vida de oración de las últimas semanas, ¿cuántas de esas oraciones fueron realmente sobre quién es Dios? ¿O lo buscaste solamente porque necesitabas que te resolviera algo?

No está mal. Por favor, no me malinterpretes. No está mal. Como padre, te lo acabo de decir como ejemplo, siempre vamos a responder. Son nuestros hijos. Pero qué lindo es que cambies la atmósfera cuando te acercas al Señor.

No le vas a doblar la mano a Dios, porque, aun así, si no es la voluntad de Dios, no lo va a hacer.

Que el nombre de Dios sea tratado con el honor que merece, empezando por la vida de quienes lo invocan. Esto tiene una aplicación muy directa para nosotros como iglesia, no solamente como individuos.

Cuando alguien de afuera observa esta congregación, ¿cómo tratamos a los que no tienen nada que ofrecernos? ¿Cómo resolvemos nuestros propios conflictos? ¿Cómo hablamos de otros cuando no están presentes? En cierto sentido, esa persona está formándose una opinión sobre el nombre de Dios a partir de nosotros.

¿Qué ve la gente cuando viene a la iglesia? ¿Qué ve cuando nos ve orar?

Decir: "Santificado sea tu nombre", y después vivir de una manera que contradiga esa oración, no es solamente una inconsistencia personal. Es un testimonio dañado para todos los que nos observan.

Como dicen en inglés, *news flash*: todo el mundo te está viendo porque viniste a la iglesia. ¿Cómo buscas al Señor?

¿Cuándo fue la última vez que oraste sin pedir nada, solamente para decirle a Dios: "Gracias porque eres bueno. Gracias por tu fidelidad, por tu amor, porque eres justo, porque eres paciente, porque eres santo"?

No necesitas un lenguaje elaborado. Solo necesitas empezar por ahí, en lugar de saltar directo a lo que quieres que Él haga por ti.

No le hagan como mi hijo: "Papi, ¿cómo va tu día?". ¿Saben qué le respondo? "¿Cuánto quieres?". Me dice mi esposa: "Eres bien feo". Pues es que nunca me busca.

Es broma. No, sí me busca.

Pero qué lindo sería que te busquen y que te reconozcan. Ponte en el lugar del Señor. El Señor no necesita que lo alabes. Él es Dios y siempre va a ser Dios. Pero qué lindo es poder acercarnos.

Dice la Palabra:

Así que acerquémonos con toda confianza al trono de la gracia de nuestro Dios. Allí recibiremos su misericordia y encontraremos la gracia que nos ayudará cuando más la necesitemos.

— Hebreos 4:16

Vas a encontrar ayuda, misericordia y perdón. Lo vas a encontrar, pero búscalos y adóralos mientras estás ahí.

Venga tu reino y hágase tu voluntad

Antes de pedir, alinea tu voluntad. Esta es la tercera parte, y aquí quiero terminar. Dice Mateo 6:10:

*Que tu reino venga pronto.
Que se cumpla tu voluntad en la tierra
como se cumple en el cielo.*

— Mateo 6:10

Es la entrega de nuestros planes: "Señor, todo te lo quiero entregar a ti. Te lo voy a entregar correctamente a ti".

No estamos orando para que Dios apoye nuestra agenda. Nos estamos orientando hacia la suya: "Señor, esto es lo que yo quiero, pero que no se haga mi voluntad. Que se haga lo que tú digas".

Precisamente eso le decía a mi esposa: "Es que esta persona quiere que yo cambie todo mi horario cuando él quiere, y cuando yo le digo: 'Este día puedo', no puede". Ahí me sale lo Alex, ¿no? La naturaleza humana.

Pero, Señor, tu voluntad no se tiene que acomodar a mi agenda. Yo me quiero acomodar a tu agenda. ¿Qué quieres que haga? ¿Dónde quieres que esté? ¿Con quién quieres que hable?

Nota también esta frase que Jesús añade: "Que se cumpla tu voluntad en la tierra como se cumple en el cielo".

No estamos orando solamente por un reino futuro y lejano. Estamos pidiendo que la manera en que se hacen las cosas en el cielo, sin resistencia, sin duda y con obediencia, empiece a marcar la manera en que vivimos hoy.

Es fácil decir: "Venga tu reino" cuando el reino de Dios y lo que tú quieres coinciden. Pero la verdadera prueba es cuando no coinciden, cuando las cosas no están bien: "Señor, que se haga tu voluntad".

Cuando Jesús finalmente oró: "Hágase tu voluntad" en Getsemaní, no lo hizo con facilidad. Él decía:

Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa de sufrimiento. Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía.

— Mateo 26:39

Jesús sabía lo que iba a atravesar, el sufrimiento que iba a haber. Él sabía lo que venía y le decía: "Si es necesario, si se puede, pasa de mí esta copa". Pero después dijo: "Que se haga tu voluntad, no la mía".

Eso debería liberarte de cualquier expectativa de que orar: "Hágase tu voluntad" tiene que sentirse fácil o sereno. Jesús mismo lo hizo así.

Ahora nos acercamos recordando que Cristo entregó su cuerpo y su sangre por nosotros, y que la única respuesta correcta ante eso es la misma que Jesús nos enseñó: que se haga la voluntad de Dios y no la mía. Venga tu reino, hágase tu voluntad.

Quitarnos del centro. Salte del centro.

"No es lo que yo quiero, Señor, y posiblemente no me va a agradar".

Así que, antes de pedir, busca la cercanía. Busca acercarte ante Él. Cuando Jesús nos enseña a comenzar con Dios, nos enseña tres cosas: acercarnos con confianza, honrar su nombre y rendir nuestra voluntad.

Adoptados en la familia de Dios

Hoy vamos a participar de la Cena del Señor. Antes de llegar a esa mesa, quiero ser honesto: no todos podemos orar de esta misma manera y decirle "Padre" con la intimidad que Jesús enseña, porque es un privilegio de adopción disponible únicamente por medio de Cristo.

Fuera de Él, Dios sigue siendo Creador, Juez y Soberano, pero por medio de Cristo se puede volver mi Abba, mi Padre. Esa manera de dirigirnos a Él está reservada para los hijos.

En el mismo libro, J. I. Packer decía: "La adopción es el privilegio más alto que ofrece el evangelio, más alto incluso que la justificación".

Ser declarado justo delante de Dios es algo extraordinario, pero ser recibido en su familia y poder llamarlo Padre es todavía más. Ese privilegio no se gana, se recibe.

Hoy puedes arrepentirte de tu pecado, poner tu fe en Jesucristo y ser adoptado en la familia de Dios. Todo comienza con una decisión.

La oración que Jesús enseña hoy destruye las estrategias que posiblemente usamos. No necesitas ganarte nada, solamente aceptar ser adoptado. El papel de adopción ya está ahí. El Señor ya te lo puso. Te dice: "¿Lo quieres? Nada más dime que sí".

Esta oración que Jesús enseña está disponible hoy para ti de esta manera, porque fíjate lo que dice Gálatas 4:7:

Ahora ya no eres un esclavo sino un hijo de Dios, y como eres su hijo, Dios te ha hecho su heredero.

— Gálatas 4:7

Ahora tú tienes acceso a las cosas buenas que Él tiene. Ya no te acercas a Dios pidiendo permiso. Te acercas como heredero porque el Padre ya te recibió como su hijo.

Examínese cada uno a sí mismo

Antes de tomar la Santa Cena, hay algo que tenemos que hacer. Pablo fue muy claro cuando le habló a la iglesia en Corinto. No porque la mesa sea un examen donde se aprueba o se reprueba a las personas, sino porque acercarnos con el corazón distraído o endurecido vacía el sentido de lo que estamos a punto de recordar.

Acuérdate, estamos tomando el nombre de Dios. ¿Quién es Dios? Santo, bueno, fiel y digno de honra. Él te

está invitando a participar en su mesa. ¿Cómo entramos a la mesa?

Por eso dice Primera de Corintios:

Por esta razón, cada uno debería examinarse a sí mismo antes de comer el pan y de beber de la copa.

— 1 Corintios 11:28

Examínate. ¿Cómo me estoy presentando delante de Dios? No está mal que le pidamos, recuerda. No está mal. Pero ¿cómo me presento delante del Señor? ¿Cómo me paro delante del Señor y lo busco?

No se trata de ser perfectos. No tienes que ser perfecto para participar de la Cena del Señor. Se trata de llegar con honestidad delante de Dios.

Que sea algo entre tú y Él, entre tú y el Señor. Si hay un pecado que no has confesado, una actitud o un rencor, es momento de soltarlo, porque sabes lo que dice el Salmo 51:

*Ten misericordia de mí, oh Dios,
debido a tu amor inagotable.
A causa de tu gran compasión,
borra la mancha de mis pecados.
Lávame de la culpa hasta que quede limpio
y purifícame de mis pecados.*

— Salmo 51:1-2

Él tiene una gran compasión por ti y por mí. Y, como tiene compasión, le puedes decir: "Borra de mí mis pecados. Borra la mancha que está ahí. Lávame de la culpa hasta que quede limpio y purifícame de mis pecados".

Así que hoy te quiero invitar: busca a tu Padre. Dile: "Padre...". Como el hijo pródigo, tal vez. No te estoy diciendo que tú hayas pecado. Por favor, no me malinterpretes. Pero posiblemente tú puedes decir: "Señor, he pecado, he cometido errores. Examíname".

El examen propio no es solamente un ejercicio privado de introspección. También nos pregunta: ¿cómo estamos tratando a los demás que participan con nosotros de esta Cena?